



Estrellita y Juan Esperanza en el lugar más feliz del mundo

Lady Milena Álvarez Torres

CAT Kennedy Bogotá – Semestre I
Lic. en Educación Artística

Me presento antes ustedes, yo soy Estrella o más bien Estrellita, como me llama cariñosamente mi familia. Les contaré las maravillosas cosas que aprendí con mi abuelito, en un día gris; un día de esos en que no encuentras la salida y en que te sientas a pensar en una silla fría ubicada en cualquier rincón.

Mi abuelo se llama Juan Esperanza, cuenta ya con 80 años, es dueño de una apariencia amable y serena, pero tiene un firme carácter. Su cabello es más blanco que la nieve y en él se dibujan bucles como copos de algodón. Su gran espíritu habita en un cuerpo pequeño y delgado. Es un hombre tranquilo y satisfecho, está conforme con su pasado y con su presente y pregona a los cuatro vientos que el futuro no le preocupa ya que disfruta cada instante al máximo.

Aquella tarde, mi abuelo estaba sentado en el verde prado de un gran parque y observaba con atención a los niños que jugaban y reían sin cesar; de pronto, decidió caminar de un lugar a otro, levantando sus brazos y respirando profundo, sintiendo el regalo de la vida una vez más.

Yo me encontraba en el mismo sitio, nos separaban algunos metros. Exhausto, se sentó a mi lado buscando mi mirada esquiva; procuré no corresponderle pues mi amargura era tal que no quería espantarlo. Comenzó a toser insistentemente intentando llamar mi atención, lo miré con angustia y me respondió con la dulzura de su sonrisa; mi corazón endurecido se doblé, entonces me preguntó:

- ¿Estás triste?, asentí y bajé mi cabeza.

- ¿Puedo saber qué te pasa? Insistió. Le respondí:

- Definitivamente no soy feliz, me he enfrentado a tantas dificultades que me siento agobiada, cansada de la forma extraña en que vivo. El tiempo no me alcanza para nada. A veces pienso que, si estuviera en otro lugar, por ejemplo, en otro país, mi suerte sería diferente. Quizás si tuviera mucho más dinero encontraría la paz y la verdadera felicidad.

Mi abuelo frunció su ceño, luego abrió sus ojos en señal de sorpresa y exclamó:

- ¿Sabes?, ¡Alguna vez pensaba exactamente lo mismo!, pero todo cambió cuando conocí el lugar más feliz del mundo.

Su respuesta me sorprendió, me parecía increíble que en su ser tan lleno de dulzura algún día hubieran florecido tales sentimientos. Evidentemente, él pudo notar mi tristeza y como un ángel vino a poner el suave bálsamo de sus palabras en mis heridas.

Me inquietó su confesión, quise saber más, me parecía admirable que a través de su amor pudiera tener la respuesta a mis preguntas... le pedí que por favor me contara en ese mismo instante esa maravillosa historia, sonríó y entonces exclamó:

- ¡Hijita, ¿Qué te parece si hablamos más tarde?, me siento algo cansado, vamos a casa, ¿sí?

Accedí y tomé su mano suavemente intentando calentarla un poco y le respondí:

-Si señor, hablaremos más tarde, muchas gracias por querer escucharme.

Entonces, suspirando contestó:

-Hija, te escucharé y no me iré a dormir hoy sin contarte muchas cosas acerca del lugar más feliz del mundo, espero que de éste modo tu tristeza se aleje. Con su mano acarició mi cabeza y me abrazó.

Esa noche, mi abuelo Juan esperanza se encontraba con su pijama, descansando plácidamente en su cama. Apenas empezaba a conciliar el sueño. Yo también me encontraba con mi pijama, pues eran más de las diez de la noche. Giré la manija que custodiaba su puerta y entré sigilosamente. Me quedé contemplándolo y le dije:

- Abuelo, abuelo... me prometiste que no te irías a dormir hoy sin contarme todo sobre el lugar más feliz del mundo.

Sonriendo, abrió lentamente sus ojos y se sentó apoyando la espalda en su almohada. Tomando mi mejilla con suavidad respondió comprensivo:

- Mi amor, sólo estaba descansando un poquito... te estaba esperando...

Señalándome hacia un lado de la cama me dijo:

- Siéntate aquí. ¿Qué quieres saber?

Ansiosamente le pregunté:

- ¿Has vivido en el lugar más feliz del mundo?, ¿Es cierto que existe?

Ésta fue su respuesta:

-Claro mi niña, sin duda es un lugar maravilloso. Siempre hay alguien dispuesto a ayudar, si uno regala una sonrisa, recibe muchas, muchas a cambio. Es un lugar tranquilo donde se disfruta cada instante de la existencia. No existe el rencor, ni el odio; ni siquiera se permite brotar un mal pensamiento y si esto llegara a suceder inmediatamente se recuerda que el amor y la paz son lo más importante. Es un lugar donde cada uno obedece a su corazón y los demás respetan su derecho a tener su propia historia.

Le pregunté- ¿Y cuánto tiempo viviste allí?

Mi abuelo respondió: - Toda mi vida.

Sorprendida le dije:

- ¿Toda tu vida? no entiendo todavía... Siempre has vivido en éste país, ¿no?

Confiado y seguro de sí mismo replicó:

-Así es... entonces, me tomó las manos y resuelto me dijo: -Hija, éste es el lugar más feliz del mundo.

Aún con el respeto y el amor que siento por él en ese instante me pareció absurdo su discurso a lo que le respondí:

-No puede ser. Entonces, ¿No se tienen problemas?, ¿Es cuestión de dinero?, ¿Es cuestión de tiempo? No entiendo abuelito.

El gran Juan Esperanza siempre sabio y siempre paciente me contestó:

- Hijita, el lugar más feliz del mundo lo hace cada uno de nosotros. Verás. En cada uno está el poder de la transformación, tú tienes el poder de cambiar tu realidad y de vivir con plenitud. No he querido decir que por ser el lugar más feliz es perfecto. La felicidad está en todo aquello que te encuentras en el camino. Aún, cuando haya dolor, sufrimiento o desesperanza, puedes encontrar algún motivo para estar alegre, por más pequeño y sublime que parezca. Cuando te hayas repuesto de un profundo dolor, cualquier otra situación triste que llegue a tu alma te será más fácil de sobrellevar. Entonces te habrás fortalecido y serás más sensible a la belleza que se encuentra en las pequeñas cosas.

Puedes lograr todo aquello que quieras, pero debes entender que hay metas que requieren más esfuerzo y más constancia que otras y si estás segura a dónde quieres llegar, debes ser muy paciente y obstinada y nunca, nunca abandonar hasta que lo hayas logrado. Fíjate que para construir el más suntuoso palacio han debido empezar por un primer ladrillo. Hija mía, tampoco es un asunto de dinero. El dinero no lo es todo. Es un medio para alcanzar algunas cosas, es muy cierto, todos lo necesitamos; pero no es lo más importante. No puedes comprar el amor, ni tan siquiera puedes pensar en comprar la salud y jamás, pero jamás podrás comprar un sueño. Si lo haces, te acostumarás a conseguir tus objetivos a toda costa y en el camino puedes hacer daño a muchas personas; logrando así que en algún punto tu sueño se haya convertido en nada... ¿Serías capaz de

arriesgar algo tan importante? El tiempo es invaluable... Cambiar por dinero momentos valiosos en tu vida es casi como venderlos. En tono enfático insistió: -El tiempo que pasa nunca regresa. El tiempo es irremplazable. Debes intentar encontrar el equilibrio entre lo que quieres, entre lo que necesitas y entre aquello que esperas, para que la ilusión del dinero no se convierta en una fachada de fortuna, mientras ahí dentro (señalando a mi corazón), te sientes vacía, siendo consciente o no de ello.

Parece que al fin había encontrado la respuesta que mi abuelito, el gran Juan Esperanza me había prometido y que con su gran sabiduría me había querido mostrar a través de su historia; así que para confirmar mi sospecha le pregunté:

- ¿Esto significa que cada uno de nosotros puede hacer del lugar donde se encuentre el lugar más feliz del mundo?

Entonces respondió con convicción: -

Así es hijita. Para mí éste es el lugar más feliz del mundo, porque aquí nací, aquí he vivido con mi familia, aquí fue donde conocí a tu abuela y gracias a esa unión, mi corazón y mis días están llenos de todos ustedes. Aquí he trabajado por mis ideales; aún sigo construyendo sueños y quiero seguir aportando a la sociedad en todo momento lo mejor de mí, mientras el tiempo lo permita. El lugar más feliz del mundo para ti puede ser cualquier lugar del planeta donde estés de acuerdo a lo que tú digas, hagas, sientas y pienses.

Satisfecha, le di un fuerte abrazo, aquel abrazo que se ha quedado marcado en mi memoria y que simbolizó un importante cambio en mi modo de entender la vida. Con lágrimas en mis ojos exclamé -¡ Ya lo tengo abuelo!.

Riendo complacido susurró:

-Hasta mañana mi amor, ve a descansar.

Letra Danzante